

Mitos, etapas y crisis en la economía argentina

Mario Rapoport

Resumen Últimamente ha vuelto a reverdecer una problemática que había estado un poco olvidada en la historia argentina: la problemática de los mitos. Están de moda muchos libros sobre la cuestión de los mitos. Hablamos de mitos en el sentido de falsas percepciones históricas que es necesario poner en evidencia. La consigna es tomar que es lo que se estuvo diciendo o creyendo como verdad asumida durante mucho tiempo acerca del país y de su historia, y analizarlo a la luz de nuevas evidencias e interpretaciones. Pero, la mayor parte de las veces esos mitos se refieren a figuras históricas.

Por supuesto, las personalidades históricas tiene una importancia fundamental, queremos saber qué pasó con Belgrano, con Moreno, con San Martín, con nuestros próceres, pero existen también otros mitos que son tan o más importantes que éstos y que tienen que ver con los procesos históricos, con las estructuras históricas, políticas, económicas y sociales que caracterizaron la evolución del país.

Hay en ese caso una serie de falsas percepciones que se han instalado en la mente de muchos argentinos, y son de este tipo. Por ejemplo, la idea o el mito de que el país estuvo alguna vez, hacia las primeras décadas del siglo XX, entre los más avanzados del mundo o el que llegó a ser, en cierto momento, una potencia mundial.

De esta última aserción se sostiene otro mito: el que la decadencia de la Argentina comenzó en los años 40, con los procesos de industrialización, la intervención del estado en economía y las políticas de distribución de ingresos.

Un mito bastante frecuente es el que afirma que un error fundamental en los gobiernos argentinos estuvo en la creciente tendencia a la autonomización del país con respecto al mundo y, sobre todo, en sus niveles de confrontación con las grandes potencias hegemónicas.

En la comprensión de las políticas económicas, los mitos toman también la forma de opciones o términos contrapuestos, aparentemente irreductibles, en la toma de decisiones o de políticas: como la que existiría entre endeudamiento o ahorro interno; entre inflación o convertibilidad; entre estatización o libertad absoluta de los mercados. O la que pretende enfrentar políticas de bienestar versus flexibilidad y competitividad, o una aún más reciente, la que señala la aparente necesidad de elegir entre aceptar la globalización o realizar políticas nacionales.

Creo que es el momento de desentrañar muchos de estos mitos y analizar más a fondo si éstas son o no opciones verdaderas. Pero para eso hay que introducirse en la historia y nosotros empezaremos esa historia desde el momento en que el país se organizó como tal, después de 70 años de cruentas luchas civiles.

Y aquí surge otro mito y es el que la Argentina fue el país más civilizado de América latina: algo que suena extraño si observamos las sangrientas, terribles guerras civiles, que causaron miles de muertes, y se iniciaron en el mismo momento en que culminaban las guerras para afirmar la independencia.

Sin embargo, hacía 1880, el país logra, por fin, una cierta estabilidad, luego del triunfo del ejército federal sobre el último ejército provincial, el de la provincia de Buenos Aires; con la instalación en la Presidencia del general Roca a través de un pacto político, la liga de los gobernadores. Va a comenzar lo que hemos dado en llamar, a modo de simplificación, en la interpretación de la evolución económica del país, el modelo agroexportador, caracterizando su rasgo principal.

1. La etapa agroexportadora

Este período, que transcurre de 1880 a 1930, es el que se señala como una «época dorada», ensalzada por grandes poetas latinoamericanos, como Rubén Darío en su *Canto a la Argentina*. Es la época en la

que muchos argentinos ricos viajan a Europa deslumbrando con sus riquezas y construyen grandes mansiones, en sus estancias o lugares de origen y, en especial, en Buenos Aires.

Claro está, no era una «época dorada» para todos: como lo señala el informe que en 1904 escribió el catalán Biolet-Massé sobre las condiciones de vida de las clases trabajadoras en el interior del país, a pedido del ministro Joaquín V. González, una parte importante de la población vivía todavía a principios del nuevo siglo, en campos o ciudades, en los umbrales de la pobreza.

En esta etapa, que comienza en los años 80 pero tiene elementos precursores en las décadas del 60 y 70, la Argentina disponía potencialmente de grandes recursos naturales, pero debía traer del exterior los capitales y la mano de obra necesarios para instalar el sistema de transportes, especialmente el ferroviario, y la infraestructura portuaria y urbana, y modernizar la agricultura y la ganadería. Esto se hace centralizando el poder en Buenos Aires, lo que refleja una larga historia de predominio de la ciudad sobre el resto del país que culmina con la constitución definitiva de la capital de la República en 1880, último y sangriento episodio de las guerras civiles.

El modelo se sustentaba en un esquema socioeconómico en donde el bien abundante, la tierra, estaba en pocas manos, como consecuencia de un proceso de apropiación de la misma o de sus frutos que venía de la época de la colonia (mercedes reales, vaquerías, primeras «campañas al desierto» para apropiarse de tierras ocupadas por los indígenas), y se continúa con la ley rivadaviana de Enfiteusis (o alquiler de grandes extensiones de tierras públicas a unos pocos individuos), las nuevas campañas al desierto y la venta en forma ventajosa de esas tierras alquiladas. Este proceso culmina con la campaña del general Roca, eliminando definitivamente la presencia del indígena y poniendo a disposición de un puñado de terratenientes millones de hectáreas explotables. La expedición de Roca fue un verdadero genocidio de los pocos indígenas que quedaban todavía en la Patagonia, el Chaco y otras zonas del interior del país.

En cuanto a los capitales externos, si bien ayudan a montar el aparato agroexportador, llegaron generalmente sin control y, en la mayor parte de los casos, garantizados en su rendimiento por el estado o con fines meramente especulativos, algo que, como veremos, va a volverse un hecho repetido en la historia argentina. El país se transforma, de todos modos, en un importante exportador de productos agrícolas e importador de manufacturas y bienes de capital, en el marco de un escenario internacional que facilita ese proceso.

En este sentido, es imposible estudiar la historia argentina si no se conocen las coyunturas internacionales en las cuales se desarrollan los distintos procesos económicos y políticos internos. Veamos la primera de ellas.

Hacia 1880 existe una división internacional de trabajo hegemónica por la potencia industrial de la época y la más importante proveedora de capitales y manufacturas: Gran Bretaña. Pero se trata de una situación peculiar. El Reino Unido estaba en esa época en el cenit de su apogeo pero también en lo que constituía el comienzo de una larga decadencia. En 1873 se produce una crisis a nivel mundial, dando inicio al período denominado la Gran Depresión, que va a durar hasta 1896 y afecta particularmente el poder hegemónico británico.

La Argentina juega un rol importante en ese esquema, porque Gran Bretaña está perdiendo mercados en el mundo, justamente por la competencia de países emergentes para la época, como Alemania y Estados Unidos, que protegen sus industrias y expanden su comercio internacional. Y esta pérdida de niveles competitivos, pérdida incluso del gran mercado que constituía la ex colonia estadounidense, va a ser suplida por otras colonias de poblamiento situadas en territorios casi olvidados en los que Gran Bretaña vuelve a interesarse, como Australia, Nueva Zelanda y Canadá. Pero, también, por dos países del Sur del continente americano, Argentina y Uruguay. Todos ellos contribuyen a proporcionar los alimentos y las materias primas que el Reino Unido necesita para alimentar a su población. Lo que los va a ayudar a transformar, a su vez, a medida que llegan las oleadas de inmigrantes, en nuevos mercados para los bienes de capital y las manufacturas británicas.

En lo que se refiere al sistema político interno, en este período se produce la unidad nacional bajo la dirección de gobiernos oligárquicos. Por un lado, esos gobiernos guardan las formas constitucionales, aunque excluyen a los sectores opositores del posible ejercicio del poder y eligen a sus sucesores. Por otro, abren las puertas a los nuevos inmigrantes pero no les facilitan su conversión en ciudadanos.

En lo económico, en tanto, los elementos claves lo constituyen la concentración de la propiedad de la tierra, el endeudamiento externo y una ideología rectora: el liberalismo económico. En palabras de Juan Bautista Alberdi, uno de sus expositores más lúcidos, la Constitución argentina «más que la libertad política» ha tendido a procurar «la libertad económica».

No obstante, este no fue un período de progreso o crecimiento continuo como se suele creer: la expansión económica y productiva resultó evidente, pero con crisis importantes en su transcurso debido primordialmente al endeudamiento externo. Empezando por la de 1873, en la cual el Presidente Avellaneda llegó a decir que los argentinos ahorraban sobre su sed y su hambre para pagar sus compromisos externos. Y luego, en el mismo período de expansión de los 80, otra crisis financiera más breve, en 1885, y cinco años más tarde la crisis más profunda de todas, la de 1890, que produjo un sacudón en la *City* londinense por la casi quiebra de la casa Baring, agente financiera del gobierno argentino. Esta crisis fue acompañada por una revolución política, que no triunfó pero dio lugar al nacimiento del primer partido político nacional, la Unión Cívica Radical. Por último, se asistiría a una nueva crisis financiera antes del comienzo de la primera guerra mundial.

Raúl Prebisch señalaba con respecto a las crisis financieras algo que hoy nos parece común: la dependencia de los ciclos económicos de los centros capitalistas mundiales y, fundamentalmente, de Gran Bretaña. Decía que cuando la metrópoli necesitaba exportar capitales, porque bajaba la rentabilidad de sus empresas, esos capitales venían en abundancia, atraídos por las facilidades que daban los gobiernos argentinos, iniciando un ciclo de endeudamiento externo. Pero, cuando por razones internas de su propia economía les era preciso hacer regresar esos capitales, el Banco de Inglaterra subía las tasas de interés para atraerlos, dejando un nivel de deuda que no podía pagarse. El endeudamiento externo era así una característica clave del modelo agroexportador.

Hubo una década, la de 1890, cuando debió abonarse lo sustancial de la deuda que venía del proceso anterior, en la que no ingresaron nuevos capitales y se detuvieron las corrientes inmigratorias. Las dos grandes oleadas de inmigración llegaron en momentos de expansión: los años 80 y los primeros años del siglo XX.

Una cuestión que se plantea comúnmente, es el por qué el desarrollo económico argentino no siguió el camino de otros países de formación similar como Australia y Canadá. Al realizar una comparación con esas naciones, una de las principales diferencias que se nos presentan, se asocia, ante todo, a la estructura de tenencia de la tierra. Frente al dominio del latifundio en nuestro país, acompañado por un sistema de arrendamientos precarios, en Australia, donde la posesión primigenia de los terrenos era de la Corona, cuando se realizaba la adjudicación de los mismos se exigía una explotación productiva y mejoras en su utilización. Además, ya a principios del siglo XX, bajo la conducción de gobiernos laboristas, se llevó adelante una política tributaria tendiente a combatir la concentración de la tierra en pocas manos.

En lo que hace a la comparación con Canadá, predominaba allí la explotación de medianas extensiones personificada en la figura de los *farmers*, quienes en vastos territorios habían obtenido tierras en forma gratuita y que al ser propietarios se les facilitaba el acceso al crédito, haciendo posible la adquisición de maquinarias y el mejoramiento de los campos. Por el contrario la Argentina no logró generar una clase media rural (salvo en ciertas zonas colonizadas de Santa Fe y Entre Ríos, donde encuentra su origen la Federación Agraria Argentina y el Partido Demócrata Progresista) que ampliase el mercado interno y estimulase el desarrollo regional.

Esto significó, al ser el sector agropecuario la principal actividad económica que motorizaba al país, una gran concentración de poder en manos de los grandes estancieros, que, por lo general, no volcaron sus ganancias a las nascentes actividades industriales, o directamente las obstaculizaron, promoviendo la más amplia apertura comercial a fin de colocar sus productos en el exterior. En este sentido, existía una gran diferencia con lo que ocurría en otros países, como Canadá, donde hacia 1890 se desarrollaba una política industrialista de «compre nacional» planteada por el primer ministro conservador MacDonald. O como Australia, donde las preferencias otorgadas a firmas locales en licitaciones del gobierno, particularmente en torno al abastecimiento de materiales para los ferrocarriles y las comunicaciones en general, simbolizada por el lema «Be Australian, Buy Australian» («Se australiano, compra austra-

liano»), denotaban una actitud más proteccionista que incentivó áreas tales como la metalurgia y la producción de maquinarias agrícolas.

En cambio, la situación argentina dio lugar a la conformación de una matriz cultural que se transmitió, de una u otra forma, al resto de la sociedad y, sobre todo, a los sectores medios. La poderosa elite que gobernaba el país tenía como principales características una cultura fuertemente rentística (sus principales ingresos provenían de la renta de la tierra); una conducta en el poder antidemocrática, basada en la marginación de gran parte de la ciudadanía, la corrupción y el fraude electoral; y una visión del mundo dependiente (se llegó a pensar a la Argentina como una especie de «colonia informal» del Reino Unido).

Veamos, en primer lugar, la cultura de lo rentístico. La elite tradicional, que poseía la mayor parte de las tierras explotables del país (el 5% de los propietarios tenía el 55% de las explotaciones agropecuarias en 1914), vivía fundamentalmente de una sustancial renta agraria, como los grandes señores ingleses del siglo XVIII que criticaba David Ricardo en sus *Principios de Economía*. Esa elite tenía, por lo general, pautas de consumo extravagantes y no necesitaba o no le interesaba invertir en capitales de riesgo que, por ende, vinieron casi en su totalidad del exterior para crear la infraestructura del aparato agroexportador. Pero una de las funciones principales del endeudamiento externo en distintas épocas fue también contribuir a financiar el gasto de ciertos sectores privilegiados de la sociedad y la fuga de capitales, generando un modelo que podríamos llamar de «capitalismo ausente», en tanto reproduce y prolonga de alguna manera aquel viejo modelo del «terrateniente ausente», que vivía mayormente en Buenos Aires y no tenía conductas productivas sino rentísticas o suntuarias, hasta que agotaba, como en muchos casos, la riqueza original, vendiendo incluso las tierras que poseía. En las últimas décadas ha ocurrido, como veremos, algo parecido a nivel del país.

En segundo lugar, se generó también una cultura antidemocrática. Los primeros gobiernos de «unidad nacional» que salieron de la llamada generación del 80, en las últimas décadas del siglo XIX, no respetaron los principios constitucionales. Era una democracia ficticia o «ficta», como se decía en su época. Con presidentes «electores» que escogían a su sucesor. La elite se identificaba con la clase política y los rasgos principales del manejo político eran el paternalismo, el clientelismo, la corrupción y el fraude electoral. Más tarde, la intervención de los militares y los golpes de estado, bajo el pretexto de derrocar «democracias corruptas», formaron parte de la misma ideología elitista. Esas conductas han perdurado, desafortunadamente, en los distintos períodos democráticos, penetrando en el comportamiento de los partidos políticos mayoritarios, aún cuando se expresen de otro modo.

En tercer lugar, persistió desde aquella época una cultura de subestimación del interés nacional o, más directamente, de vivir dependiendo de factores externos o sometándose a condiciones externas, sin ningún beneficio compensatorio. Un caso notable fue el primer empréstito otorgado por la compañía inglesa Baring Brothers, en 1824, cuyos fondos no fueron destinados a sus propósitos iniciales y se volatilizaron en pocas manos, aunque terminaron de pagarse puntualmente casi un siglo después. Otro caso fue el del primer tratado de comercio y navegación, que establecía una libertad de comercio que favorecía sólo a intereses británicos, los únicos en condiciones de aprovecharla. Esa era en aquella época la trampa de la libertad de comercio. Esta cultura de la dependencia se acentúa a partir de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX cuando la Argentina se inserta en el mundo a través de una relación fuertemente dependiente de la potencia hegemónica de aquel entonces, Gran Bretaña. Todavía en 1933, ante la firma de un nuevo tratado comercial argentino-británico, el Pacto Roca-Runciman, el vicepresidente de entonces, Julio A. Roca (h), decía que la Argentina «desde un punto de vista económico debía considerarse una parte integrante del imperio británico». Concepción que se procura justificar teóricamente en la década de 1990, en el plano de la política exterior, a través del llamado «realismo periférico», que proponía la subordinación a otra potencia hegemónica, Estados Unidos, y alcanzó su máxima expresión en las propuestas de dolarización y de manejo de la economía por expertos «externos».

A partir de los años de la primera guerra mundial dos fenómenos marcaron una diferencia con respecto al proceso anterior. Desde el punto de vista político, debido a la llegada al gobierno en 1916, gracias a la ley Sáenz Peña, de 1912, que garantiza el voto secreto y obligatorio e instaura un sistema democrático, de la Unión Cívica Radical, liderada por Hipólito Irigoyen, que incluye sectores sociales

provenientes de una ascendente clase media, Desde el punto de vista económico, por el comienzo de una relación más profunda con Estados Unidos, tanto en el comercio exterior como a través del flujo de capitales provenientes del país del norte. Se desarrolla así un triángulo comercial y financiero anglo-argentino-norteamericano de profundas consecuencias internas y externas en los años futuros.

Durante la misma guerra se advierte también un limitado desarrollo industrial, motivado por las restricciones externas, que tiene sus límites con la finalización del conflicto y la normalización de los mercados mundiales, aunque en los años 20 comienzan a llegar del exterior inversiones directas en algunas ramas fabriles.

2. El proceso de industrialización

La etapa de la industrialización sustitutiva, como rasgo principal de la actividad económica, puede subdividirse en tres períodos diferenciados:

1. La industrialización «espontánea» (1930-1945).
2. El proyecto industrializador peronista (1946-1955).
3. La industrialización «desarrollista» (1955-1976).

Nuevamente otra crisis, en este caso de origen externo, que se inicia en EEUU en 1929 y constituye el comienzo de un período de depresión económica mundial que duraría casi una década, impacta en la Argentina. Fue la crisis más profunda que padeció el capitalismo en su historia.

Este proceso recesivo se caracterizó por una severa deflación en un sentido amplio, dado que generó restricciones monetarias y financieras, bajas de precios y salarios, y retroceso de las actividades económicas. Fenómenos que se manifestaron a través de reacciones en cadena, puesto que la caída de la producción industrial indujo a una contracción de los mercados internacionales y a una disminución de la demanda de materias primas, cuyos precios bajaron acentuadamente. Los países productores de bienes primarios redujeron las compras de maquinarias y manufacturas, al tiempo que entraron en bancarrota o devaluaron sus monedas, ya que las deudas asumidas con anterioridad no podían ser canceladas. Del mismo modo, los países industriales debieron soportar la caída de los precios de sus productos, aunque protegieron sus mercados con barreras arancelarias o de otro tipo. No pudieron evitar, sin embargo, el cierre de bancos y empresas, una creciente desocupación y situaciones extremas de hambre y pobreza de gran parte de sus poblaciones. Todo ello llevó a la quiebra del sistema multilateral de comercio y pagos, incluyendo el patrón cambio oro, y dio lugar a un retorno a los sistemas de preferencia imperial y a los convenios bilaterales.

La Argentina, que tenía una economía abierta al mundo, sufrió de lleno ese impacto con una severa caída de sus exportaciones y un amplio déficit en su balanza comercial, al no poder prescindir de la importaciones de bienes industriales y de muchos bienes de consumo masivo.

El proceso de sustitución de importaciones, que proyectó al sector industrial por sobre el agropecuario e inició una nueva etapa en la historia económica argentina, fue así en gran parte producto de la necesidad y no de la voluntad política: había que hacer frente a la crisis económica mundial que afectaba al país. Además, cuando esta etapa comienza a desarrollarse con más fuerza, en los comienzos de la década de 1930, retorna al poder, mediante un golpe de estado cívico-militar, la elite oligárquica que había gobernado hasta 1916. Entonces, contra sus propias ideas imbuidas de liberalismo, los gobiernos conservadores ponen en práctica una intervención creciente del estado en la economía (control de cambios, juntas reguladoras, proteccionismo, diversas medidas fiscales y financieras), que tienden a paliar la situación pero, también, a salvaguardar sus propios intereses, vinculados al sector agropecuario.

Al mismo tiempo, el país logra cierto margen de autonomía económica aunque se mantienen los servicios de la deuda externa y se intenta conservar a toda costa, a través del Pacto Roca-Runciman, el mercado británico para la colocación de las carnes enfriadas, el negocio principal de los terratenientes de la pampa húmeda, ahora en el poder político.

Hasta esa época la industria había crecido al compás del resto de la economía, pero subordinada al esquema agroexportador. En cambio, a partir de los años 30, se convertirá en uno de los sectores impulsores del crecimiento económico, facilitado por una importante transformación en la estructura de la

producción, que aceleró el proceso de sustitución de importaciones. Los rubros más dinámicos fueron las actividades relacionadas con insumos locales (especialmente los textiles) y la metalurgia liviana. Este núcleo incluye los sectores que podríamos denominar de «sustitución fácil de importaciones», compuestas por bienes de consumo, que reducían el peso del déficit comercial con el exterior, contribuían a canalizar una porción de la renta agraria a través de inversiones industriales y ofrecían una salida a la producción agropecuaria, que hacía posible disminuir la dependencia de las fluctuaciones de los mercados externos.

La expansión de la industria textil satisfacía la creciente demanda del mercado interno, permitiendo, al mismo tiempo, el empleo como materia prima de lana y algodón producidos localmente, cuyos mercados internacionales se encontraban afectados por la crisis. El conjunto de ramas vinculadas al sector de automotores se convirtió también en un factor de crecimiento. Si bien la industria automotriz de la época era poco más que un taller de ensamblado de partes importadas, estimulaba el desarrollo de la producción de caucho para neumáticos, la industria de la construcción relacionada con las carreteras y una pléyade de pequeñas firmas familiares de producción de repuestos, actividades que ganarían intensidad en el futuro inmediato. Otro sector cuya aparición en escala importante data de esta época es el de maquinarias y artefactos eléctricos, así como la producción de electrodomésticos, cables y lámparas.

En general, las ramas de mayor crecimiento producían bienes de consumo finales, con mayor intensidad en la utilización de mano de obra que en bienes de capital. Las maquinarias y los insumos intermedios utilizados eran, en una alta proporción, importados. De esta forma, comenzó a perfilarse en esta época una característica que se acentuaría en las décadas siguientes: el crecimiento de la producción impulsaba un incremento de las importaciones, hecho que en el futuro enfrentaría al país a serios problemas en la balanza de pagos. En este marco, las ramas tradicionales vinculadas al modelo agroexportador, como los productos agrícolas y ganaderos, crecieron mucho más lentamente, perdiendo participación relativa en el PBI y, en 1944, el PBI industrial superó por primera vez al PBI agropecuario.

Por otra parte, el PBI industrial se duplicó entre 1935 y 1939 y volvió a duplicarse durante la segunda guerra mundial mientras crecían el número de establecimientos fabriles y la cantidad de mano de obra ocupada en el sector.

Los cambios en la composición de la estructura social, como consecuencia de la ampliación de la masa de trabajadores industriales y urbanos que trae este proceso de industrialización (a lo que contribuyeron las migraciones internas del campo a las ciudades), y el vacío político resultante de gobiernos apartados de los derechos y aspiraciones de la ciudadanía (fraudulentos y represivos) dieron lugar a la aparición de un fenómeno político nuevo, el peronismo, que estimulará el desarrollo industrial sobre la base de la participación social de los nuevos sectores sociales y de la ampliación del mercado interno y tendrá conductas de una mayor autonomía en el marco internacional.

La industrialización promovida por el peronismo se diferenció de la controlada por la oligarquía. En contraste con el carácter excluyente de esta última, el primer gobierno peronista amplió el mercado interno en función de tres elementos que existían antes de la llegada al poder del peronismo y que contribuyeron a hacerla viable en ese momento. En primer lugar, la creciente dicotomía entre la expansión del mercado interno y el nivel de consumo de las masas. En segundo término, la ausencia de leyes laborales que garantizaran mejores condiciones de vida y de trabajo. Finalmente, el grado importante de intervención del estado en la economía con la consiguiente ampliación del aparato burocrático, que acrecentó su papel no sólo político, sino también social. Factores que Perón percibió, y constituyeron la base de su accionar político, y a los que agregó la «sindicalización por arriba» del movimiento obrero.

Mientras que el primer partido popular, el radicalismo, surge levantando las banderas de la democratización del sistema político argentino, el peronismo nace planteando la necesidad de montar mecanismos de justicia social que no existían, algunos de los cuales habían sido propuestos por dirigentes socialistas y de otros partidos en épocas anteriores, sin poderse aprobar o implementar por el poder que tenían las fuerzas conservadoras en el Congreso y el Poder Ejecutivo Nacional.

No vamos a analizar exhaustivamente que significó el peronismo desde el punto de vista político aunque puede señalarse la existencia de un estado omnipotente y de un partido político que pretendía

representar a todos los sectores sociales y minimizar a la oposición, sin impedirle participar en las elecciones pero obstaculizando su accionar. Tampoco nos detendremos en sus aciertos o errores desde el punto de vista económico, con un crecimiento fuerte en los primeros años de gobierno aunque con políticas que se revelaron insuficientes para sostener el proceso de industrialización, debiendo soportar una fuerte crisis entre 1950 y 1952 de la que costó salir. Sin embargo, varios aspectos no pueden dejarse de mencionarse en el terreno económico y social.

Entre ellos, una apreciable mejora en la distribución de los ingresos, llegando los asalariados a tener una participación del 50% del ingreso nacional; la entrada en vigencia de una serie de leyes sociales –jubilaciones y pensiones, aguinaldos, vacaciones pagas, convenios colectivos de trabajo–; el otorgamiento de beneficios diversos para los sectores de más bajos ingresos -construcción de viviendas populares, hoteles sindicales, etc.; la transferencia de ingresos, mediante una política crediticia y mecanismos institucionales de manejo del comercio exterior, del sector agrario al industrial; y un proceso de nacionalización de las empresas de servicios públicos, sobre todo en los primeros años de gobierno.

De todos modos, pese que Perón fue reelegido por una amplia mayoría de votos al término de su primer mandato y se produjeron cambios en la política económica que permitieron superar la crisis, en septiembre de 1955, en el marco de un enfrentamiento creciente con la Iglesia Católica y sectores opositores, el presidente se vio desplazado del poder por un golpe de estado cívico-militar. Este hecho inauguró una etapa de inestabilidad política en la Argentina que llevó finalmente a la dictadura militar de 1976.

Es preciso destacar este punto, porque en todo el período que va de mediados de los años 40 hasta mediados de los 70, el país creció económicamente y la distribución del ingreso no empeoró en demasía a pesar del diferente carácter de los distintos gobiernos que fueron pasando, civiles y militares. Pero hubo una fuerte inestabilidad del sistema político, que comenzó con la proscripción del peronismo. Esto condujo, por un lado, a la radicalización de vastos sectores populares, influenciados también por la revolución cubana y movimientos contestatarios en otros países, y llevó, por otro, a un endurecimiento de lo que llamamos el «partido de derecha», que se expresaba a través de las fuerzas armadas. El gobierno desarrollista de Frondizi tuvo cerca de 30 planteos o intentos de golpes de estado antes de ser derrocado y, luego, el radical Illia, que presidía un gobierno débil por las proscripciones políticas, cayó de la misma manera en 1966. El peronismo volvió con el apoyo popular después de que los militares dejaron el poder en 1973, pero entró pronto en profundas contradicciones internas (en la que participaron grupos armados de izquierda y sectores paramilitares de derecha), que se agudizaron con la muerte de Perón y dificultaron una nueva salida política.

En este período de industrialización, no se vuelve a caer en el fuerte endeudamiento externo de la etapa agroexportadora pero sí en repetidas crisis de la balanza de pagos, los conocidos ciclos de *stop-go*, como consecuencia de los requerimientos del propio proceso de industrialización que se contraponen con una estructura dependiente de las exportaciones agropecuarias.

Los ciclos económicos estaban ligados al mismo tiempo al mercado interno y a los mercados externos. En la etapa de auge, ante el aumento de la producción industrial vinculada al consumo local, se incrementaban las importaciones, para comprar bienes de capital e insumos básicos, y se reducían las exportaciones, por la mayor demanda interna originada en la suba del salario real y de los niveles de ingresos. Pero el déficit en la balanza comercial y la disminución de las divisas llevaban a una devaluación que provocaba un aumento del precio de los productos agrarios exportables y de los insumos importados. Todo esto se traducía en crisis del sector externo, procesos inflacionarios y políticas monetarias restrictivas.

Basado en el desarrollo del mercado interno y en las industrias livianas ese proceso de industrialización fue cambiando en los años 50 y pasando a otra etapa, con la creación de industrias básicas, el énfasis en la necesidad de capitales externos y la necesidad de que el aumento de los salarios esté ligado al incremento de la productividad. En su etapa final se agrega también un tímido intento de exportación de manufacturas.

El gran problema en este período no fue principalmente económico sino político, en particular por el hecho de que el partido mayoritario, el peronismo, estaba proscrito y de que los militares intervinieron permanentemente en la vida pública.

Vemos, por el contrario, desde el punto de vista económico, un proceso de crecimiento importante, que entre 1945 y 1963 padeció diversas crisis en la balanza de pagos y brotes inflacionarios, pero que luego, entre 1964 y 1974, tuvo un período de ascenso ininterrumpido, superando esos problemas cíclicos, con una tasa promedio del cerca de 5% anual. Sin embargo, desde el punto de vista político lo que se observa es una grave y seria inestabilidad que termina con el golpe de estado de 1976, lo que de ninguna manera reflejaba el agotamiento del proceso de industrialización.

3. El modelo rentístico-financiero

El golpe militar de marzo de 1976 va a producir, a través de la represión, los llamados 30 mil «desaparecidos». En este caso, la intención explícita de sus promotores fue la de eliminar en forma definitiva a actores mayoritarios de la escena política nacional debilitando sus bases económicas y sociales. El «disciplinamiento social y político», encarnado por la represión, será la contracara del «disciplinamiento económico».

Por otra parte, la crisis económica internacional que comenzó a desarrollarse en los inicios de la década de 1970, con la crisis del dólar primero y la del petróleo después, creó una amplia disponibilidad de capitales (eurodólares y petrodólares) dispuestos a reciclarse en los países del Tercer Mundo, lo que permitió a las dictaduras de Pinochet y Videla disponer del financiamiento necesario para hacer prevalecer sus políticas económicas, precursoras del neoliberalismo en el mundo, antes aún de la llegada de Margaret Thatcher y Ronald Reagan. En esto tenían también un peso decisivo los organismos financieros internacionales, como el FMI y el Banco Mundial, que querían facilitar la inserción de los países en desarrollo a los nuevos circuitos financieros.

Pero los factores internos no fueron menos importantes. La Argentina vivió, desde fines de los años sesenta y principios de los setenta, un proceso de agudos conflictos sociales y políticos. Los levantamientos obreros (tales como el «Cordobazo» y el «Viborazo») así como la existencia de fuertes grupos radicalizados, incluso guerrilleros, en la escena política nacional entrañaban una seria dificultad para la persistencia de los modos de producción vigentes e iban a llevar al abandono del proceso de sustitución de importaciones, a la liberalización de la economía y a un nuevo tipo de inserción en la economía mundial.

Es por eso que en 1976, se produjo un verdadero punto de inflexión en la historia del país, que significó no sólo el terrorismo de estado y la pérdida de varias futuras generaciones de líderes políticos o sociales, sino la convicción por parte de las elites tradicionales de que las proscripciones políticas ya no servían para eliminar las alianzas populistas y que, como éstas se asentaban sobre el aparato productivo industrial, era imprescindible modificar radicalmente la estructura económica. Ello suponía también la reformulación del papel del estado, hasta allí involucrado en impulsar ese tipo de desarrollo.

Esta fue la tarea principal que realizó la dictadura militar inaugurando los 30 años de predominio de un modelo neoliberal en el país. La Argentina tenía hasta mediados de los 70 un aparato industrial con problemas pero de dimensiones respetables, ciertos niveles de protección, controles de cambio, tasas reguladas de interés, un sistema financiero bastante controlado y, a pesar de diversas crisis en la balanza de pagos y procesos inflacionarios, tasas de crecimiento relativamente buenas y sostenidas, especialmente entre 1964 y 1974. Todo eso se destruyó: se promovió la desregulación financiera y la apertura indiscriminada de la economía, que afectó a la balanza comercial y a la cuenta corriente de la balanza de pagos; se produjo un fuerte proceso de desindustrialización y reprimarización de la economía y se estableció un sistema de preconvertibilidad que se llamó «tablita cambiaria». En particular, a principios de 1977 se implementó una reforma que ubicaría al sector financiero en una posición hegemónica en términos de absorción y asignación de recursos, mediante su liberalización, el alza de las tasas de interés y una mayor vinculación con los mercados internacionales.

La especulación financiera pasó a ser un factor fundamental: se traían del exterior dólares que se convertían en pesos a un cambio sobrevaluado, se colocaba esos pesos a altas tasas de interés y cuando se pensaba que el dólar iba a subir, se volvía a cambiar pesos por dólares y se los fugaba al exterior. Se hacían así negocios fáciles y altamente rentables. Veamos en el cuadro 1 los principales indicadores del período 1975-1983.

Cuadro 1

1975-1983										
Año	Var PBI	Inflación	Saldo bza comercial	Deuda Externa	Variación de Reservas	Gasto público/PBI	Déficit fiscal/PBI	Intereses deuda/PBI	Deuda/Export.	Intereses externos/exp
1975	-0,9	182,6	-	8.065	-791,1	38,95	15,15	1,24	270	14
1976	-0,2	444,0	882	9.739	1.192,4	39,71	11,73	2,02	210	11,9
1977	6,0	176,0	1.490	11.762	2.226,5	38,04	5,13	2,02	170	6,5
1978	-3,9	175,5	2.565	13.663	1.988,4	44,08	6,83	3,07	200	6,3
1979	6,8	159,5	1.102	19.034	4.442,4	42,13	6,26	3,19	240	6,3
1980	0,7	100,8	-2.527	27.153	-2.796,1	44,18	7,55	3,44	340	11,8
1981	-6,2	104,6	-287	35.671	-3.433,1	51,53	15,62	9,75	390	32,4
1982	-5,2	164,7	2.289	43.634	-5.080,5	48,56	16,52	11,94	570	57,8
1983	3,1	343,3	3.334	45.067	-4.204,3	49,72	15,77	5,79	580	63,6
				millones de dólares	millones de dólares			mill de pesos		

Año	Empleo	Salario	Masa salarial	Actividad industrial
1975	100,0	100,0	100,0	100,0
1976	97,6	66,4	64,8	97,0
1977	99,0	51,4	50,9	104,5
1978	100,4	53,9	54,1	93,5
1979	101,8	57,7	58,7	103,1
1980	101,4	66,3	67,2	99,2
1981	103,6	61,9	64,1	83,3
1982	-	-	-	79,4
1983	-	-	-	88,0

Año	Hogares pobres / total de hogares	Población en hogares pobres / población
1970	5,0	-
1974	2,6	3,2
1980	7,5	10,1
1982	25,3	28,0

Fuente: Ministerio de Economía de la Nación. Dirección Nacional de Estadísticas y Censos. FIDE.

Pero desde fines de los años 70 y principios de los 80, se produjo otro ciclo recesivo mundial, cuando la Reserva Federal, frente a los crecientes déficits fiscales en EEUU, comenzó a elevar las tasas de interés, aumentadas aún más con la llegada al gobierno del presidente Reagan. Operaba aquello que señalaba Prebisch respecto a la política del Banco de Inglaterra en el siglo XIX; las tasas de interés pasaron del 6% al 14%, volviéndose a captar capitales del exterior en los países centrales y creando una década perdida para América latina, al expandirse notablemente el endeudamiento externo de la región, que había tomado préstamos en los años anteriores y ahora debía pagar intereses mucho mayores. Esta situación llevó, en agosto de 1982, a la declaración de moratoria de México, uno de los principales deudores, desatando una generalizada crisis de la deuda en el subcontinente.

Sin embargo, antes aún, en 1981, había estallado la crisis en la Argentina, con una fuerte devaluación de la moneda y el retorno de procesos inflacionarios y, sobre todo, con la inmensa carga del endeudamiento externo, que pasó de 8 mil millones de dólares en 1975 a 45 mil millones en 1983 cuando la dictadura militar dejó el poder. Ese endeudamiento había tenido que ver, sobre todo, con la especulación financiera, los autopréstamos, los gastos militares y la corrupción. Incluso la deuda privada fue beneficiada con un seguro de cambio que de hecho lo transformó en deuda pública. Sobre el origen del conjunto de esa deuda se hizo más tarde una presentación ante la justicia, la que dictaminó que una parte de ella era ilegítima.¹

La derrota en la guerra de las Malvinas terminó por hundir al régimen militar y fue en ese momento crítico en el que retornó la democracia. Pero el gobierno de Alfonsín, en el terreno político, luego de realizar severos juicios a los militares terminó cediendo ante ellos y decretando las primeras leyes del perdón, ahora derogadas y, en el terreno económico, a pesar de algunos esfuerzos iniciales por trazar un rumbo diferente, reconoció y sostuvo el endeudamiento anterior con más endeudamiento y a costos más altos, impidiendo que el país pudiera volver a recuperarse económicamente.

Una iniciativa diplomática del gobierno radical estaría destinada, sin embargo, a perdurar en el tiempo inaugurando una nueva y relevante dimensión en la inserción internacional y en la política exterior argentina. Prolongando una tendencia al acercamiento bilateral iniciado ya bajo las dos dictaduras militares en 1979 con los acuerdos sobre la cuenca del Plata, la entrevista Alfonsín-Sarney de 1985 y el Acta de Integración Regional entre Argentina y Brasil, fueron éstos los primeros pasos en

1. Sentencia judicial del Juez Jorge Ballesteros, 13 de julio de 2000, sobre la base de las denuncias de Alejandro Olmos, que escribió un libro clave sobre el tema: A. Olmos, *Todo lo que quiso saber sobre la deuda externa y siempre se lo ocultaron*, Buenos Aires, Editorial de los Argentinos, 1989. Cuando Ballesteros hizo su dictamen la causa estaba prescripta y no se pudo enjuiciar a Martínez de Hoz y los responsables del endeudamiento.

la génesis de un proceso que terminaría de consolidarse 10 años más tarde, cuando los presidentes de Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay firmaron el Tratado de Asunción, que fijó como fecha de conformación definitiva del Mercado Común del Sur (Mercosur) el 1° de enero de 1995. Este acuerdo iba a permitir ampliar mercados en la región y estrechar lazos entre los países miembros, aunque en sus primeras instancias prevalecería un enfoque primordialmente comercial.

En tanto, en el escenario internacional de los años 90 predominaban, al mismo tiempo, una cierta euforia política, provocada por la caída del muro de Berlín y del bloque soviético, y un proceso de globalización financiera, impulsado por cambios tecnológicos y por la expansión de los mercados especulativos. Estas circunstancias iban a producir otra sobreabundancia de capitales en el norte que fluyeron hacia la Argentina en busca de mayores rentabilidades, sin temor a su fragilidad económica. Stiglitz y otros economistas han demostrado que cuando llega un flujo incontenible de capitales financieros en medio de burbujas especulativas, se financian fantasías económicas no sustentables y se crea un incontrolable endeudamiento externo.

La ideología jugó en este sentido un rol importante impulsada por las reglas que brindaba el llamado «Consenso de Washington», donde se recomendaba que las políticas económicas tuvieran como eje central el control del gasto público y la disciplina fiscal, la liberalización del comercio y del sistema financiero, el fomento de la inversión extranjera, la privatización de las empresas públicas, y la desregulación y reforma del estado. Los gobiernos debían limitarse a fijar el marco que permita el libre juego de las fuerzas del mercado pues sólo éste podía repartir de la mejor manera posible los recursos productivos, las inversiones y el trabajo.

Esas ideas coincidían, a su vez, en la Argentina, con una aguda crisis hiperinflacionaria; producto del fracaso de las políticas implementadas y estimulada por intereses económicos en contra del gobierno de Alfonsín y el temor al retorno de un régimen justicialista parecido al de los años 70. Allí se dio de vuelta otra coincidencia: si en 1945 se produjo la confluencia entre un líder histórico populista, como Perón, y los sectores obreros y sindicales, en el 1989 se verificó una situación semejante en apariencia, con otro líder político, Carlos Menem, que ganó las elecciones presidenciales gracias al apoyo de los votos populares del partido mayoritario pero, esta vez, con el visto bueno del *establishment* y la derecha neoliberal.

Esa confluencia era justamente la que faltaba, porque esa derecha en Argentina nunca había tenido un partido fuerte como para poder imponerse electoralmente. Entonces, de la misma manera que grupos de izquierda radical intentaron ganar al peronismo en la década del 70, la derecha liberal ganó con sus ideas y sus intereses al liderazgo justicialista de los años 90, el llamado menemismo.

Comenzó allí la etapa más dura del neoliberalismo en Argentina. Se implementó por ley un sistema de convertibilidad que llevó al abandono de toda política monetaria y a la sobrevaluación del peso; a la apertura irrestricta de la economía, sobre todo de la cuenta de capital; a la desregulación total del sector financiero; a la flexibilización laboral y al ajuste salarial. Se realizó la venta de los activos más importantes del patrimonio público, que culminó con la de la compañía estatal petrolera YPF y la pérdida de manos del estado de un recurso estratégico clave para la economía argentina. Muchas de esas privatizaciones, así como otras políticas del gobierno, se implementaron por medio de actos de corrupción que luego se revelaron públicamente.

Se incluyó también en este proceso la privatización de la previsión social, que fue una de las causas principales del déficit fiscal en Argentina (cerca de 40 mil millones de dólares), pero que, además, constituye un ejemplo de los que no debe hacerse: se intentó crear un mercado de capitales compulsivamente, a costa de los futuros jubilados, para finalmente alimentar el endeudamiento del estado, que tomó esos capitales a préstamo. En tanto las administraciones de los fondos de pensión, en manos de bancos y financieras, la mayor parte extranjeras, cobraban grandes comisiones a los obligados aportantes, sin relación con la rentabilidad real. Otro sector singularmente afectado fue el industrial, cuya participación en el PBI cayó del 27% en 1990 al 15% en 2002.

La clave del sistema fue, sin duda, la convertibilidad con un tipo de cambio fijo (un dólar igual a un peso), que funcionó como el patrón oro del siglo XIX y contradujo todas las otras medidas de liberalización. En un sistema así, con apertura irrestricta de los mercados, la única forma de controlar el déficit externo y el déficit fiscal es aplicando políticas recesivas y de ajuste a la espera de un milagroso flujo

de capitales que compense la situación. Se trata de una economía que crece sólo con el endeudamiento externo, proceso cuya falencia pudo observarse una vez agotadas las privatizaciones, que significaron una importante pérdida del patrimonio nacional y que, junto a la venta de empresas privadas nacionales, dio lugar a una extranjerización sin precedentes de la economía sin que se ampliara su capacidad productiva. Por supuesto, las tasas de crecimiento relativamente altas de comienzos de la década del 90 se revelaron muy frágiles. No sólo beneficiaron a pequeños sectores de la sociedad sino que no pudieron sostenerse en el tiempo, hasta que vino la caída final del 2001-2002. Veamos en el cuadro 2 los principales indicadores del período 1990-2002.

Cuadro 2

1990-2002										
Año	Var PBI	Inflación minorista	Saldo bza. comercial	Deuda externa	Deuda externa/PBI	Variación de Reservas	Var. Gasto público	Resultado Fiscal	Capitales argentinos exterior	IED
1990	-	1343,9	8.275	-	-	3.566,0	-	-	-	-
1991	10,6	84,0	3.703	61.334,0	33,1	2.728,0	100	3.666,0	60.416	-
1992	9,6	17,5	-2.637	62.766,0	27,7	3.826,0	110	4.922,4	53.583	4.384,0
1993	5,7	7,4	-2.364	72.209,0	30,5	4.250,0	147	2.730,5	62.867	2.763,0
1994	5,8	3,9	-4.139	85.656,0	33,3	682,0	157	-285,9	74.976	3.489,0
1995	-2,8	1,6	2.357	98.547,0	38,2	-102,0	158	-1.373,3	78.973	5.341,0
1996	5,5	0,1	1.760	109.759,0	40,3	3.882,0	162	5.624,4	84.310	6.523,0
1997	8,1	0,3	-2.123	124.382,0	42,5	3.273,0	183	-4.276,6	96.155	8.755,0
1998	3,9	0,7	-3.117	138.844,0	46,6	3.234,0	190	-4.073,5	99.231	6.510,0
1999	-3,4	-1,8	-2.199	145.288,9	51,2	898,2	196	-8.536,0	91.228	23.988,0
2000	-0,8	-0,9	1.061	146.575,1	53,07	-505,0	201	-7.763,5	94.249	10.418,0
2001	-4,4	-1,1	6.223	168.544,5	51,57	-9.862,6	203	-6.975,5	107.114	2.166,0
2002	-10,9	25,9	16.719	173.207,1	142,95	-7.922,0	-	-	117.654	785,0
			Millones de Dólares	Millones de Dólares		Millones de Dólares		Millones de pesos	Millones de Dólares	Millones de Dólares

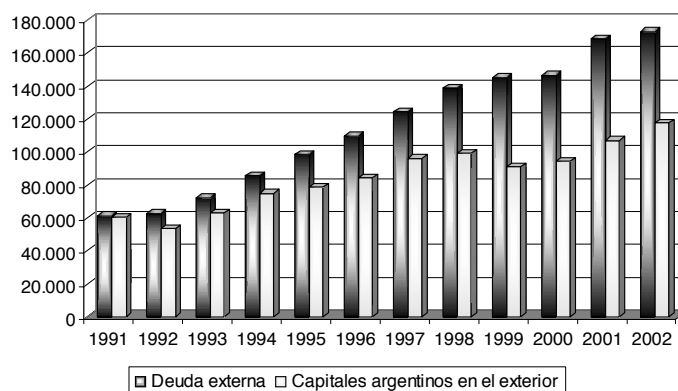
Fuente: Ministerio de Economía de la Nación. Dirección Nacional de Estadísticas y Censos. FIDE.

Como observamos, lo que se produjo fue una fenomenal fuga de capitales; 120 mil millones de dólares se fugaron en todos esos años, y se verificó, sobre todo, un incremento casi exponencial del endeudamiento externo, que pasó de 45 mil a 170 mil millones de dólares, creando las condiciones de una grave depresión en la economía argentina, que se aceleró por las sucesivas crisis financieras internacionales, la del tequila, la de Rusia y la del Sudeste asiático (producto de ese proceso de globalización y de burbujas financieras) e incluso, también, por la devaluación en Brasil, hasta que vino finalmente la debacle (en el gráfico1 se compara la evolución de la deuda externa y de la fuga de capitales y el cuadro 3 da una explicación del proceso de endeudamiento externo en cada una de sus etapas, explicando las políticas económicas implementadas que llevaron a su incremento). Pese a la fragilidad de este esquema, los organismos financieros internacionales, en particular el FMI, desempeñaron un rol fundamental en la instrumentación de las reformas económicas que llevaron a la crisis y, luego, frente a las dificultades del repago de la deuda, presionando ante el gobierno argentino para que practicara políticas de ajuste.

Entonces llegamos a la crisis de 2001, cuyos primeros síntomas se advierten desde los años finales del último gobierno de Menem y se agravan con el gobierno de De la Rúa, que siguió las recetas ortodoxas del FMI, bajando sueldos y jubilaciones, aumentando impuestos a sectores medios, proclamando el déficit cero pero pagando los intereses de la deuda y realizando un ruinoso megacanje de títulos públicos que incrementó notablemente el endeudamiento futuro. Todo lo cual tuvo su desemboque a fines de aquel año, cuando el sistema bancario y financiero basado en la convertibilidad, que tenía por fundamento la presunta dolarización de los depósitos bancarios a través de un tipo de cambio artificial no se sostuvo provocando el colapso del sistema bancario, el «corralito», es decir la bancarización forzosa que impidió al público retirar sus ahorros y llevó al fin de la convertibilidad y del tipo de cambio fijo.

Ya a lo largo de ese año, las organizaciones y movimientos de desocupados se constituyeron en centros aglutinantes de la población y potenciaron un amplísimo movimiento de protesta, que abarcó a obreros activos y trabajadores estatales y docentes, y fue sumando a productores agropecuarios, comerciantes y pequeños industriales, asambleas barriales, grupos de ahorristas, etc. La protesta social se generalizó y se manifestó en el plano político y cultural, también con contenidos de reivindicación de la soberanía nacional frente a la subordinación de toda la política gubernamental a las imposiciones

Gráfico 1
Deuda externa Argentina vs. Capitales Argentinos en el exterior, expresados en millones de dólares



Fuente: Mario Rapoport, *Historia económica, política y social de la Argentina*.

de los organismos financieros internacionales y a su explícita intromisión en la vida política argentina (auditores, misiones, comisiones asesoras de "notables" exfuncionarios de las grandes potencias, viajes de funcionarios argentinos a Washington y otras capitales europeas y planes de «rescate» propuestos por economistas extranjeros con exigencia de resignación de la soberanía del estado argentino en materia financiera).

Con lo que se arribó finalmente a una explosión social, el 19 y 20 de diciembre de 2001, que produjo por primera vez la caída de un gobierno, el de la Alianza, que había sucedido a Menem, sin ninguna intervención militar. La devaluación posterior y el cese del pago de la deuda externa fueron una consecuencia de estos procesos. El gráfico 2 y el cuadro 4 nos muestran estadística y gráficamente los índices de desempleo, salarios, pobreza y distribución de ingreso en la Argentina y su comparación con otros países. El coeficiente de Gini va de 0, la mayor equidad, a 1, la mayor inequidad, en la distribución de los ingresos.

4. Una comparación entre los modelos

Veamos más de cerca las cifras, para comparar los tres modelos económicos que venimos de describir. En primer lugar, las tasas de crecimiento en la época primario-exportadora no fueron tan altas como se dicen: hubo serias crisis financieras, como en 1885, 1890 (una crisis de magnitud que tuvo repercusiones a nivel mundial) y 1913, y la distribución de los ingresos era muy regresiva. El problema no es el de criticar la industrialización en sí, sino la razón por la cual el país no se industrializó más. Pero es necesario tener en cuenta que ese período de 40 años de industrialización, entre el modelo agroexportador de fines del siglo XIX y las primeras décadas del 20, por un lado, y los últimos 30 años de neoliberalismo, por el otro, fueron la época, económica y socialmente, más importante de la historia argentina. Para mostrar mejor lo que sucedió entre mediados de la década de 1970 y fines del siglo XX hagamos una comparación con el período anterior, en el cual el país logró un cierto proceso de industrialización, destruido en los últimos 25 años.

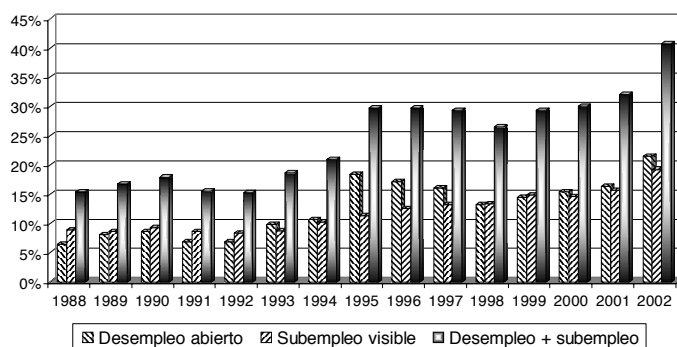
Mientras entre 1949-1974 el PBI argentino creció un 127% y su PBI industrial un 232%, entre 1974-1999, el PBI argentino aumentó un 55% y su PBI industrial sólo un 10%. Si comparamos, por su parte, los dos períodos tomando el PBI per cápita, entre 1949-1974 éste creció un 42% y entre 1974-1999 apenas un 9%. Entre mediados de la década de los 40 y mediados de la década de los 70 el país creció a una tasa razonable, el PBI por habitante creció 2,10% contra un 1,3% en el período agroexportador y un 0,3% entre 1976 y el 2000, tasa ésta última, que sería menor si incluimos los años 2001 y 2002. En los mejores años de la industrialización, entre 1955 y 1975 el crecimiento promedio del PBI fue de un

Cuadro 3
La evolución de la Deuda Externa Argentina (1973-2004)

Año	Presidente de la nación	Partido de gobierno	Monto deuda externa (millones dólares)	% de aumento de la deuda en relación al período anterior	Observaciones
1973	Cámpora / Perón	JUSTICIALISTA	4.890	+ 62%	A fines de 1975 cada habitante de la Argentina debía al exterior US\$ 320
1974	Martínez de Perón		5.000		
1975			7.800		
1976	Videla	MILITAR	9.700	+ 364%	
1977			11.700		
1978			13.600		
1979			19.000		
1980			27.200		
1981			35.700		
1982			Gallieri		
1983	Bignone	45.100		El mundo vive en la era de los eurodólares y los petrodólares. Los bancos internacionales ofrecen créditos fáciles a tasas bajas. Comienza el gran endeudamiento del estado argentino. Pero hacia 1980 se produce un viraje en la economía mundial. El crédito se vuelve escaso y caro. En este período el gobierno de Reagan incrementa las tasas de interés en EE.UU. lo que termina de producir la crisis mexicana de 1982 y otras crisis de endeudamiento externo en varios países latinoamericanos. A fin de 1983 cada habitante debía al exterior US\$ 1.500.	
1984	Alfonsín	UNIÓN	46.200	+ 44%	La democracia se reestablece en medio de un panorama internacional muy duro para los países latinoamericanos, que experimentan la llamada "década perdida". El gobierno argentino se limita a gerenciar la crisis de endeudamiento sin mucho éxito. Se produce una crisis hiperinflacionaria en 1989-90
1985		CÍVICA	49.300		
1986			52.500		
1987			58.500		
1988			58.700		
1989	RADICAL	65.300			
1990	Menem	JUSTICIALISTA	62.200	+ 123%	Consenso de Washington y aceptación de sus postulados y de las políticas propiciadas por los organismos financieros internacionales por el gobierno argentino. En 1992, el ministro Cavallo renegocia la deuda externa sobre la base del Plan Brady. Sin embargo, el endeudamiento sigue aumentando en forma galopante, pese a los ingresos obtenidos por las privatizaciones de empresas del estado.
1991			61.337		
1992			62.972		
1993			72.425		
1994			85.909		
1995			99.146		
1996			110.614		
1997			125.051		
1998			141.929		
1999			145.289		
2000	De la Rúa	ALIANZA	146.575	+ 9%	Políticas de ajuste por consejo del FMI. A fin del 2000 cada habitante debe al exterior US\$ 3.800.
2003	Kirchner	JUSTICIALISTA	172.773 a 125.000		Default con los acreedores privados, no con los organismos internacionales, a partir de 2002. En enero de 2005 se lanzó la reestructuración de la deuda pública. La adhesión del canje fue del 76.15% y se logró una quita nominal del 43%. Del monto total de la deuda elegible (USD 81.836 millones) se logró canjear USD 62.318 millones. De esta forma el total de deuda reestructurada fue USD 35.261 millones. A fines de 2005 se pagó el total de la deuda con el FMI que sumaba 9.530 millones de dólares.
2005					

Fuente: Ministerio de Economía de la Nación para años recientes y cuadro difundido por Internet sobre datos oficiales.

Gráfico 2
Desempleo y subempleo



5,7% anual, mientras que entre 1976 y 1999 no superó más del 1%.² Veamos los gráficos 3, 4 y 5 que ilustran la comparación entre los modelos económicos.

2. Jorge Schvarzer, «Economía argentina: situación y perspectivas», en *La Gaceta de Económicas*, 24-6-2001; Mario Rapoport, *Historia económica, política y social de la Argentina*, (2006), para el crecimiento del PBI, cálculo realizado sobre la base de los datos

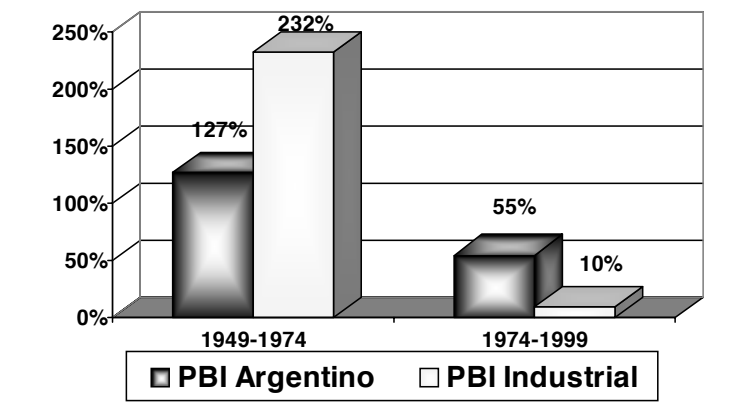
Cuadro 4
Pobreza y distribución del ingreso

PAÍSES	Años	Población por debajo de la Línea de Pobreza	Línea de Indigencia
ARGENTINA	1990	21,2	5,2
	2002	41,5	18,6
BRASIL	1990	48,0	23,4
	2001	37,5	13,2
MÉXICO	1989	47,7	18,7
	2002	39,4	12,6

PAÍSES	Años	Participación en el ingreso total del 10% más rico (%)	Coefficiente de Gini
ARGENTINA	1990	34,8	0,501
	2002	42,1	0,590
BRASIL	1990	43,9	0,627
	2001	46,8	0,639
BOLIVIA	1989	38,2	0,538
	2002	41,0	0,614

Fuente: CEPAL; Panorama Social 2002-2003. Los datos de Argentina son para el Gran Buenos Aires.

Gráfico 3



El proceso de redistribución regresiva de los ingresos que llegó a padecer la Argentina en el peor momento de la crisis constituye otro aspecto de esta situación, que también podemos comparar: entre 1974 y el 2000, la diferencia entre el 10% de la población de mayores ingresos y el 10% de menores ingresos había aumentado más de 40 veces. Por otra parte, el porcentaje que tenían los asalariados en el ingreso nacional hacia 1950 era del 50%, y a comienzos del nuevo siglo no llegaba ni a la mitad de esa cifra. Mientras la tasa de desempleo, que históricamente se hallaba en torno al 6%, a partir de 1994 saltó al 12,2 y alcanzó en el momento más álgido de la crisis, a más del 24%, pero si se incluye la subocupación, personas que trabajan sólo parcialmente, alcanzó a superar con holgura el tercio de la población activa.

de los capítulos 5 a 8 del mencionado libro, del cual se extraen también los datos sobre la deuda externa. Los datos del PBI per cápita son de la OCDE y la CEPAL elaborados por Eric Calcagno.

Gráfico 4

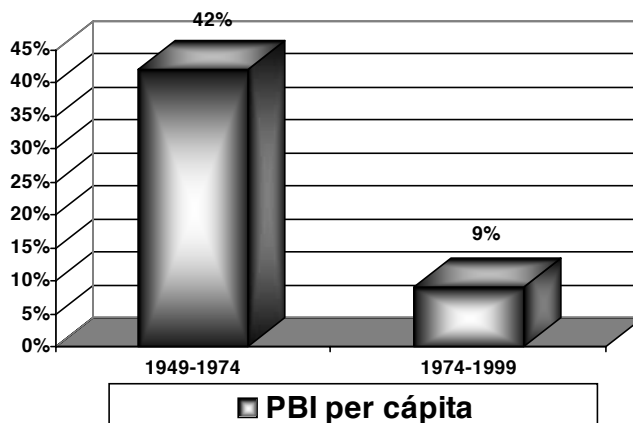
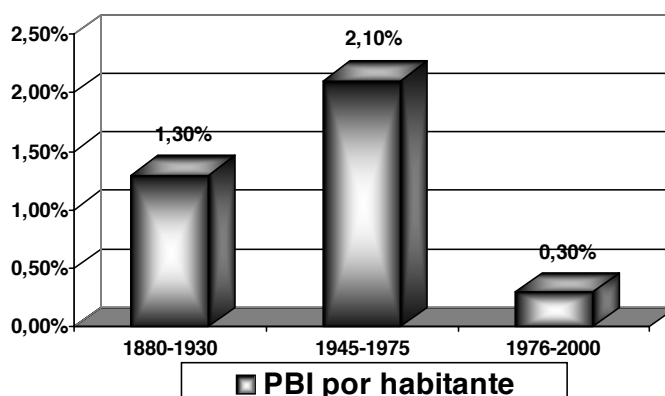


Gráfico 5



5. Después de la crisis

La pregunta que se hacían muchos argentinos era si podían reunirse las condiciones objetivas y subjetivas, es decir, en las estructuras económico-sociales y en las relaciones con los poderes externos, por un lado, y en la conciencia de la gente y el liderazgo, por otro lado, para realizar los cambios necesarios.

Luego de la caída en el *default* y un interregno de sucesivos y breves gobiernos que culminaron con la presidencia provisoria de Duhalde, resultó finalmente elegido, en un nuevo llamado a elecciones presidenciales, Nestor Kirchner, que asumió, sin haberse superado aún la crisis, en el 2003. Una de las más importantes iniciativas del nuevo gobierno en el orden político y jurídico fue su firme política de derechos humanos. Gracias a ello, una renovada Corte Suprema de Justicia anuló las nefastas «leyes del perdón» para los militares. También se plantearon desde un principio posiciones de mayor autonomía en el terreno de las relaciones internacionales, incluyendo el rechazo del proyecto de Área de Libre Comercio de las Américas propuesto por EEUU.

Quedaba por ver si era posible superar plenamente la crisis económica, volver a un esquema productivo y a un sendero de crecimiento sostenido. Entre 2003 y 2007 el PBI creció en forma notable, casi un 9% anual, mientras que la desocupación descendió sensiblemente y se redujeron los niveles de pobreza. Por otra parte, se terminó el *default* con el canje de la deuda, que fue aceptada por más del 70% de los acreedores y se pagó el total de la deuda pendiente con el FMI (cerca de 10 mil millones de dólares), aunque el nivel de endeudamiento que queda, a plazos más largos e intereses más bajos, es aún considerable: 125 mil millones de dólares.

Además, los balances favorables del comercio exterior, basados en un alza de los precios de los productos exportables, como la soja, en la mejora producida por la devaluación y en una mayor demanda internacional, permitieron aumentar en forma notable las reservas internacionales. La aplicación de retenciones ayudó a la contención de los precios internos de productos esenciales y a incrementar los ingresos fiscales, engrosados ya por la reactivación económica. El superávit fiscal resultante de todas estas circunstancias garantiza así, por el momento, el pago de los compromisos externos.

Se inició, por otra parte, un nuevo proceso de industrialización basado en el mercado interno, aunque subsiste todavía la gran tarea pendiente de reducir la deuda con nuestros propios ciudadanos: es decir, disminuir drásticamente los niveles de pobreza y mejorar la distribución de los ingresos. El amplio superávit fiscal debe usarse en parte con este propósito, así como para realizar obras públicas, crear empleos y contribuir al fortalecimiento de las pequeñas y medianas empresas. A su vez, las exportaciones deben incluir bienes de mayor valor agregado e incorporar procesos de innovación científica y tecnológica, para lo cual existen abundantes recursos humanos calificados.

También, es preciso recuperar los recursos naturales; devolver al estado los servicios públicos esenciales; revitalizar la participación estatal en áreas estratégicas de la economía nacional; realizar una reforma tributaria que disminuya el alto grado de regresividad del sistema impositivo; y practicar políticas que tiendan a reducir las diferencias existentes en los niveles de producción y bienestar de cada provincia y región.

Por otro lado, la inserción internacional de la Argentina tiene que incluir entre sus prioridades la profundización, ampliación e institucionalización del Mercosur. Pero un Mercosur que sea mucho más que una simple plataforma comercial y en el que participen plenamente todas las regiones del país.

En cualquier caso, sólo comprendiendo en su totalidad y complejidad (económica, política, social e ideológica) las diferentes etapas de la historia económica argentina, es posible sentar las bases de un modelo de crecimiento con equidad que tenga en cuenta y supere las experiencias anteriores.

6. Bibliografía

1. AA. VV, *Nueva Historia Argentina*, Sudamericana, Bs. As., 12 tomos, 1998-2001.
2. Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, 10 tomos, Planeta, Buenos Aires, 1999-2001.
3. Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas, *El siglo de la ilusión y el desencanto*, Emecé, Buenos Aires, 2007.
4. Rapoport, Mario y Cervo, Amado (coord.) *El Cono Sur. Una historia común*, FCE. Bs. As. 2002.
5. Rapoport, Mario, *El viraje del siglo XXI. Deudas y desafíos de la Argentina, América latina y el mundo*, Norma, Buenos Aires, 2006.
6. Rapoport, Mario, *Historia económica, política y social de la Argentina, 1889-2003*, Emecé, Bs. As. 2007.
7. Vitelli, Guillermo, *Los dos siglos de la Argentina. Historia económica comparada*. Pendergast, Buenos Aires, 1999.